

La historia argentina al banquillo. Los usos políticos del pasado y los regímenes de historicidad.

Tobeña, Verónica.

Cita:

Tobeña, Verónica (2013). *La historia argentina al banquillo. Los usos políticos del pasado y los regímenes de historicidad. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/1>

X Jornadas de sociología de la UBA

20 años de pensar y repensar la sociología.

Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el
siglo XXI

1 a 6 de Julio de 2013

Mesa 1: Memoria y representaciones del pasado reciente

Título de la ponencia: La historia argentina al banquillo.
Sobre los usos políticos del pasado y los regímenes de
historicidad.

Autora: Tobeña, Verónica (Área Educación, FLACSO -
Argentina)

Introducción

El siguiente trabajo se ocupa de una discusión que hace a las disputas por el canon historiográfico como la que se desencadenó entre profesionales y divulgadores de la historia a la salida de la crisis de 2001, suscitada por el éxito de ventas de las divulgaciones históricas y la impugnación que esos relatos¹ despertaron entre algunos académicos de la disciplina. Los cánones historiográficos que configuran cada una de estas propuestas no se instituyen como opuestos solamente porque se diferencian en los aspectos retóricos, de formato, de institución que funciona como centro legitimador, etc., sino que hay además tradiciones de las que cada uno de ellos son deudores e imágenes de la historia que funcionan de guía para ellos, que explican las diferencias que existen entre ambas concepciones de cómo debe hacerse la historia.

A su vez, nos interesa analizar ambos modelos historiográficos a partir de lo que François Hartog denomina *régimen de historicidad* (2007, 2010), pues esta noción se concentra en la experiencia del tiempo que existe en una época dada.

Empecemos entonces por intentar dar cuenta de las tradiciones de las que son deudoras y las imágenes del pasado que emanan de las posturas desplegadas en la disputa.

Dos tradiciones historiográficas y un nudo temático: la historia científica y la historia militante frente a la última dictadura militar

Si se trata de distinguir dónde se hunden las raíces de las líneas en pugna que abren estos historiadores de vertiente contraria resulta insoslayable considerar la especificidad del discurso historiográfico. Esa singularidad de la historia está dada por su objeto, el pasado. Y el pasado, sobre todo cuando se reconstruye teniendo como eje articulador a la Nación o el Estado nacional, como es el caso de los relatos históricos de la controversia de la que aquí nos ocupamos, nos involucra a todos como sociedad, porque contribuye a dar carnadura histórica a nuestra identidad nacional y a ofrecernos una imagen de nuestro pasado de la que podemos extraer quiénes somos y a dónde vamos. La historia nacional da contextura y densidad temporal al país que hoy somos, para dar o quitarle legitimidad al camino recorrido y otorgarle o restarle valor a las opciones con las que hoy contamos². En este sentido, la historia es importante no sólo porque nos provee de un pasado común y nos cuenta cómo llegamos al presente sino porque justifica el camino a transitar hacia el futuro (Jelin, 2001; Carretero y Voss, 2004).

La especificidad de la historiografía está dada entonces por tratarse de un tipo de discurso tanto modulado por como modulador del campo político; un discurso que se presta al uso político tanto a favor como en contra de una relación de fuerzas dada, del *status quo* (Myers, 2004; Pittaluga, 2010).

¹ Que aquí llamaremos "los libros de la controversia".

² Véase el concepto de *tradicón selectiva* en Williams, 1980.

Ahora bien, ¿cuáles son los hechos de nuestro pasado que se constituyen en ejes de la controversia en la disputa señalada? Es decir, ¿sobre qué acontecimientos del pasado se producen lecturas que reponen preocupaciones políticas y valoraciones de corte ideológico en el discurso de la historia? Por otro lado, resulta importante tener en cuenta cómo fue pensado y cómo intentó ser constituido el campo historiográfico en la Argentina, puesto que la arquitectura del campo resultante de estos procesos puede tener consecuencias respecto al modo en que se ponderan algunas dimensiones del pasado. Creemos que ambas cuestiones están estrechamente vinculadas y no pueden abordarse de forma independiente, puesto que en la arquitectura del campo historiográfico local jugó un papel importante una contraposición entre dos modelos elevados a ciertas dimensiones míticas pero igualmente muy funcionales, y precisamente la naturaleza de los hechos históricos alrededor de los cuales se fundan buena parte de las críticas que los académicos hacen a los divulgadores y sobre los que estos fundan su posicionamiento político y sus diferencias ideológicas con los académicos, tiene como condición de posibilidad la contextura que presenta el campo³.

Esos modelos que hacen a buena parte de la contextura que presenta la historiografía en la Argentina son el modelo de excelencia académica y del modelo de la universidad politizada de los años setenta⁴; esto es, la contraposición entre la historia científica y la historia militante o política (Pittaluga, 2010: 129-130). Esos modelos son divergentes fundamentalmente porque se basan en valores que también lo son; las características y el legado que dejan cada una de esas matrices son conocidas. Repasémoslos.

La “historia científica” recibe esta denominación al establecer para sí criterios “científicos”⁵ para evaluar la calidad de una producción historiográfica. Entre esos criterios que permiten dirimir la solvencia de un texto se cuentan: la explicitación de lo que en la jerga de las ciencias sociales se denomina “estado del arte” del tema que es objeto de análisis; la presentación de la evidencia y de las fuentes en las que se basa el estudio; rigurosidad en el análisis; el manejo de un adecuado aparato de referencias bibliográficas; una presentación temática sobria, sin pretensiones narrativas (uso preciso de los términos, lenguaje estricto, conceptos afinados); el respeto a la distancia con el objeto de estudio que debe traducirse en asepsia valorativa y en el mantenimiento de la

³ No hay que entender que cada uno de estos modelos al que hacemos alusión constituye un espacio homogéneo ni monolítico. Más bien todo lo contrario. Se trata de una idea, un paradigma bajo el cual se ejerce la labor de historiador que agrupa perspectivas teóricas, políticas, epistemológicas, retóricas heterogéneas, pero que comparten o reconocen en un mismo criterio su fuente de legitimidad y por lo tanto se producen, a pesar de las diferencias que entre ellas pueda existir, con arreglo a las mismas reglas de construcción del discurso histórico.

⁴ En este punto seguimos la denominación propuesta por Roberto Pittaluga, quien distingue “*por un lado, un modelo de excelencia académica que se postuló para la Universidad de 1955 a 1966, y que para la historiografía era un fuerte polo de legitimidad, por las figuras que la habían motorizado en aquellos años, aunque se trataba, en realidad, de un fragmento del campo historiográfico argentino, un fragmento bastante pequeño por otro lado. Ese modelo fue contrapuesto al modelo de la universidad politizada de los años setenta. De esta última se destacó la colonización del discurso historiográfico, del discurso académico en general, por el discurso político, es decir, la subordinación de cualquier saber crítico a las necesidades del programa político del grupo que fuere*” (Pittaluga, 2010: 129-130).

⁵ Criterios que elabora tomando como modelo a las ciencias sociales.

autonomía intelectual de las preocupaciones y las urgencias de la política (Pittaluga, 2010; Di Meglio, 2012; Sazbón, 2012). Ésta última exigencia es la que excluía de la agenda historiográfica la posibilidad de hacer historia del pasado reciente, puesto que su cercanía con el presente hace de ese pasado algo todavía actual.

La denominada “historia militante”, por su parte, se contrapone a la anterior en cada uno de estos aspectos. La calidad de un texto histórico está dada para esta perspectiva por su compromiso con la política y su capacidad para revelar los grandes conflictos que motorizan la historia. Esta tradición hace del posicionamiento político del historiador una condición, y como pone el acento en la politicidad de la práctica histórica más que en su cientificidad, para ella todos los reparos metodológicos, los recaudos del lenguaje, la neutralidad valorativa y las prescripciones que tienen que ver con imponer limitaciones en lo que hace a los aspectos narrativos de la historia no son válidos. Tampoco respeta la premisa que reza que la historia debe mantener cierta distancia crítica y temporal con su objeto de estudio. Lo que guía el trabajo historiográfico de esta corriente es una *“partición esencial de lo histórico en campos conflictivos”* (Fernández, 2012), de modo que su historia se vertebra *“en torno a conflictos grandes y últimos, como la existencia y conflictividad de clases, de la oligarquía o de la partición entre derecha e izquierda. La propuesta es ver esas particiones como expresiones de una dupla agonal fundante de lo político mismo”* (Fernández, *op. cit.*).

De acuerdo a las críticas realizadas por los académicos a los divulgadores de la historia y la defensa a las mismas que esgrimieron estos últimos, no parece necesario aportar muchos más argumentos para demostrar que los primeros suscriben al modelo histórico científico mientras que a los segundos debería inscribírselos en la matriz militante. Ahora bien, en el tratamiento que ambas corrientes hacen de algunos hechos o acontecimientos de nuestro pasado se vislumbra a nuestros ojos la condensación de esas divergencias. Uno de esos hechos históricos que funcionan como divisor de aguas, como nudo temático capaz de sintetizar de forma elocuente las diferentes concepciones del quehacer histórico en que se basan estos dos modelos es la última dictadura militar. Esto no sólo se constata en el hecho de que es en torno al tratamiento de este tópico que se montan muchos de los señalamientos que los académicos hacen a los divulgadores, sino que también se rastrea en el modo conflictivo en que el campo académico post-dictatorial se relaciona con esa historia reciente, pues como dice Roberto Pittaluga, *“este último se constituyó sobre la base de una casi total exclusión del pasado inmediato, de su propio pasado reciente como campo académico, y también del pasado político reciente de la Argentina”* (p. 124)⁶.

⁶ Una muestra elocuente de esto lo constituye un artículo publicado en el año 1982 por la revista *Punto de Vista*, elaborado por un conjunto de historiadores que ya eran muy importantes entonces y hoy lo son aún más (entre los firmantes están Luis Alberto Romero, Hilda Sabato, Leandro Gutiérrez, Juan Carlos Korol, Ricardo González y Miriam Trumper) aglutinados alrededor del PEHESA (Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana), en el que bajo el título “¿Dónde anida la democracia?” se propone un programa de estudios históricos de cara a la transición democrática, donde la historia reciente de la Argentina queda totalmente excluida y donde lo que articula al campo es una pregunta o problemática de carácter político, como es la pregunta por la democracia. El período que los autores eligen para esa indagación, el lapso temporal en el cual van a buscar o constituir la tradición democrática

¿Por qué en general la historia académica expulsó el pasado reciente de su agenda cuando se institucionalizó en los años ochenta?⁷ El de la transición democrática constituyó uno de esos momentos históricos en que las relaciones entre política y campo intelectual se estrechan, en que las convicciones y las urgencias de uno se replican en los valores y en las preocupaciones del otro. Y si nos detenemos a analizar cuál fue la clave de lectura que promovió el campo político para encarar la relación entre la transición democrática y el pasado reciente, descubrimos que la misma surgió de una negación de la historia que se acababa de vivir como hija de procesos previos y propios, declarando así las atrocidades vividas durante el período huérfanas de cualquier tradición democrática precedente. De modo que se hace frente a la transición democrática recortando una tradición democrática completamente ajena a la historia de violencia política que la precedía, porque al pensar a la última dictadura militar como un paréntesis en nuestra historia, se piensa en la posibilidad de erradicarla totalmente de la sociedad argentina. Y esta lectura tuvo un impacto inmediato en el campo historiográfico, que legitimó y reprodujo esta interpretación desde las producciones provenientes de las posiciones hegemónicas al interior del campo. Para el historiador Roberto Pittaluga:

“La formulación más concisa, clara y contundente de esto es la llamada ‘teoría de los dos demonios’. Esa era una de las figuras discursivas que actuaron como fondo para la configuración del campo historiográfico, un fondo o contexto que de alguna manera modelaba las posibilidades de lo decible e investigable en términos históricos” (p. 125).

Otros intelectuales, como Beatriz Sarlo y Juan Carlos Torre, hacen descansar en las características cruentas del pasado reciente y en la dimensión biográfica que ese pasado tiene para los historiadores las razones para abstenerse de abordarlo desde el trabajo historiográfico. Sarlo afirmaba que los años ‘60 y ‘70 probablemente estuvieran *“demasiado cerca”*, y fueran a la vez *“demasiado terribles”* como para hablar de ellos (1994: 172). La reflexión de Juan Carlos Torre al respecto es elocuente de la moderación que muestran las consignas intelectuales tras la experiencia de la violencia de los años setenta. *“Después de haber abogado por la revolución –dice- nos hemos desplazado a pedir un país normal, donde simplemente estemos al abrigo de las disrupciones, de los quiebres, del espectáculo sobrecogedor del abismo”* (2004: 196). El historiador Omar Acha (2008) plantea que este ideal del “país normal” que sistematiza la reflexión de Torre constituyó la “doxa” de la disciplina. La consolidación del campo historiográfico se desarrolló con numerosas reflexiones y estudios que tenían como horizonte a una sociedad normalizada. De modo que el sentido de la práctica historiográfica estaba para los académicos fuertemente condicionado por la historia que se acababa de vivir (Acha, 2008: 171), en sintonía con los supuestos, las premisas y los valores progresistas que

argentina, es el comprendido entre 1880-1943, es decir, que estos historiadores no sólo se abstienen de pensar la historia reciente sino que tampoco se ocupan de pensar en qué contribuyó el peronismo a nuestra tradición democrática. Para un análisis del texto citado véase el trabajo de Roberto Pittaluga (2010).

⁷ Desde luego, hay excepciones; *“pero mirado desde el conjunto del espacio historiográfico académico, representaron una corriente que estaba como en una especie de latencia, de trabajo permanente y silencioso, y ciertamente marginal”* (p. 131), considera Pittaluga.

por entonces instituía el campo político, que quedan resumidos en las ideas de “modernización, integración, inclusión, desarrollo y democratización”.

Ahora bien, en relación a las consecuencias que la operación postdictatorial tiene para el campo historiográfico académico, que lo llevó a una búsqueda de asepsia científicista tomando como el anti-modelo a la tradición de la historia militante de décadas anteriores, de la cual terminó por desmarcarse (Di Meglio, *op. cit.*), hay dos cuestiones a señalar. La primera de estas cuestiones tiene que ver con la creciente profesionalización del campo⁸ y su progresivo desplazamiento de la figura del intelectual a la del especialista (Sarlo, 1985). La otra cuestión es la ilusión de científicidad que las reglas y las pautas disciplinares que va dándose el campo contribuyen a generar y la consiguiente sensación de despolitización de la actividad que las mismas despiertan (Di Meglio, *ídem*). Usamos las expresiones “ilusión de científicidad” y “sensación de despolitización” para subrayar la artificiosidad del discurso histórico, para acentuar que esta neutralidad que destila la historiografía producida con arreglo a las pautas que dicta la academia es producto de los efectos del discurso y se debe en buena medida a las formas que adopta el mismo.

La constitución del campo historiográfico que propició el régimen democrático abrazó una concepción de la disciplina histórica asociada a un quehacer intelectual emancipado de las demandas políticas inmediatas, que desde entonces se arrojaron al desprestigiado terreno de la “ideología”. Pero en rigor, este gesto que buscaba producir un corte con la imbricación con la política tan habitual en las décadas precedentes, no constituye un movimiento tendiente a la despolitización sino más bien a la repolitización. En efecto, al abogar por un “país normal” y un paquete de valores que se identifican con cierta consciencia progresista, la política no desaparece. Los presupuestos que por entonces sostiene la historiografía no podrían estar menos condicionados por la historia que se venía de vivir. Lo que desaparece es el posicionamiento explícito en los textos, desaparece la suerte de fetichización de la política que se encontraba en la historia militante precedente, pero la visión del autor está en los textos, los permea. Cuando Felipe Pigna busca defenderse de las críticas que lo acusan de hacer una historia sesgada, que toma partido, diciendo que “la objetividad no existe”, está intentando desmontar esta idea de neutralidad que se arroga la historia académica.

De modo que el escenario que se abre con la reinstalación de la democracia en 1983 ofrece un clima incompatible con la tradición historiográfica militante, la cual suele conllevar una prosa provocativa y preñada por el conflicto, esto es, formas discursivas y lecturas del pasado que intentaban dejarse atrás desde la matriz democrática que se reivindica desde la política oficial. Los marcos establecidos por el gobierno de Alfonsín,

⁸ La profesionalización de la disciplina tiene también que ver con los nuevos dispositivos de regulación científica del sistema académico, basados en una estricta evaluación respecto a la metodología, al número de artículos a publicar, a los circuitos y soportes por los cuales se hace circular los resultados de las investigaciones, etc. Este dato es importante para nosotros en tanto el ejercicio del oficio histórico bajo las pautas que prescriben estas regulaciones suele ser tan exigente que constituye en sí mismo una fuente de identificación para quienes se someten a ellos y, por lo tanto, un motivo para suscitar solidaridades corporativas fuertes.

en cambio, sí constituyeron condiciones favorables a la tradición científica de la historia. En la Argentina este modelo tenía como antecedente la “historia social y cultural”, que de la mano de José Luis Romero había desembarcado en la universidad a instancias de la llamada “Revolución Libertadora” en 1955 (Myers, 2004; Devoto, 2009; Acha, 2009; Cernadas y Lvovich, 2010). En los ochenta esta corriente historiográfica se recupera y la disciplina emprende la marcha firme hacia la profesionalización, siguiendo de cerca para su “puesta a punto” las corrientes historiográficas imperantes en países como Estados Unidos, Inglaterra y Francia (Di Meglio, 2012). La tendencia hacia la profesionalización se profundiza y se expande constituyéndose en el modelo hegemónico.

El escenario post-crisis en el que surgen los “libros de la controversia” es muy distinto al que se recortaba en la década del ochenta. Los ecos que había dejado la violencia política de los años setenta ya no resonaban como en la década que la sucedió y más de veinticinco años ininterrumpidos de régimen democrático habían revelado que eso de que “con la democracia se come, se cura y se educa” no era más que un *slogan*. La “teoría de los dos demonios” que había representado “*el plano medio de la opinión más común*” (Kohan, 2012), y por ello había gozado de un formidable consenso social, comenzaba a ser objetada como verdad universal o definitiva.

Sabemos que cuando el espacio de la política se abre a la contingencia como en ese momento, la posibilidad de disputar la conducción de ese espacio resulta más factible que en períodos de estabilidad y solidez institucional. Lo mismo ocurre con la historia, pues con la puesta en cuestión de los liderazgos y los acuerdos políticos entran en crisis las cosmovisiones en las que estos se sostenían y apoyaban, y las evaluaciones históricas imperantes caen en desprestigio.

Un recorrido sumario por el derrotero histórico de la historiografía moderna argentina es suficiente para documentar la gravitación de la política en la contextura que va adoptando el campo histórico:

“Los estudios históricos comienzan a consolidarse en las últimas décadas del siglo XIX con las obras de Bartolomé Mitre y de Vicente Fidel López. (...) En la última década del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, surgen atisbos de una revisión del período de Juan Manuel de Rosas y los caudillos, en autores como Ernesto Quesada, Adolfo Saldías y David Peña. Durante el mismo período se consolida el ensayo positivista, cuyo paradigma historiográfico es el trabajo de José María Ramos Mejía sobre Rosas. La perspectiva adopta tras el Centenario un viraje ‘idealista’ con José Ingenieros. Después de 1910 emerge una nueva generación de estudiosos con implantación universitaria: la ‘Nueva Escuela Histórica’. (...) En la década de 1930 nace el revisionismo histórico, en el que puede distinguirse una vertiente rosista que se formaliza en 1938 con la fundación de un Instituto de Investigaciones Históricas. Sus referentes principales son Julio Irazusta, Vicente Sierre, José María Rosa y Ernesto Palacio. La otra vertiente revisionista, de índole antiimperialista y orientación yrigoyenista, es la del grupo FORJA: Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche. Ambas perspectivas critican el liberalismo, pero la segunda es más ambigua ante la figura de Rosas. Implantada en la universidad a partir de 1955, comienza a desarrollarse la ‘historia social’ alrededor de José Luis

Romero. Esta corriente pregona la necesidad de estudiar la economía, la demografía y la sociedad (...). Contemporáneamente surgen versiones historiográficas de orientación marxista como en Milciades Peña, Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós y, con una decidida carga peronista, Rodolfo Ortega Peña. Sus obras giran en torno al dilema de cómo articular la lucha de clases con la liberación nacional. En materia de divulgación histórica, aparece en 1967 la revista *Todo es Historia*, dirigida por Félix Luna. La dictadura militar 1976-1983, (...) aborta una naciente historiografía de izquierda. A partir de 1984 se produce la reorganización universitaria que permite la edificación de una historiografía profesionalizada, donde es posible reconocer la preeminencia de una versión de la historia social y política de corte progresista. En 2001 comienza un período de vacancia historiográfica” (Acha, 2009: 11-12)

La cartografía de la historiografía que nos deja esta apretada síntesis nos muestra un campo heterogéneo, que a medida que va edificándose se puebla de líneas teóricas, políticas e ideológicas variadas. En ella se destacan dos momentos que son importantes para nosotros como antecedentes de la disputa de la que aquí nos ocupamos, pues en ella se reeditan conflictos en torno a la definición historiográfica legítima y se reactualizan dos evaluaciones históricas divergentes en un marco de crisis y de cambios políticos abruptos y violentos como fueron los golpes militares de 1930 y de 1955.

El primero vio nacer a los revisionismos históricos, en cuya vertiente de orientación yrigoyenista y antiimperialista parecen abreviar, en parte, la historia que aparece en “los libros de la controversia” que, como aquellos, representa una alternativa a la historiografía hegemónica en la universidad, que en el treinta estaba encarnada por la Nueva Escuela Histórica, identificada con una manera de hacer historia profesional, de corte liberal y de la cual se nutre la versión oficial de la historia.

El segundo momento, coincidente con el golpe al peronismo propiciado por la llamada “Revolución Libertadora”, es el que le permite a la renovación historiográfica que se estaba dando en el campo historiográfico de la mano del historiador José Luis Romero⁹, arribar a espacios institucionales que les habían sido proscriptos por el peronismo, como la universidad. En una tradición progresista, la “historia social y cultural” que introduce Romero tiene en su horizonte la intención de refundar la universidad reformándola académica y políticamente. La corriente de la “historia social” se propone renovar a la historiografía apoyándose en los aportes de las ciencias sociales, fundamentalmente de la economía y la sociología.

Asimismo, los años posperonistas también son importantes para el ascenso del revisionismo ya que durante esta etapa dicha corriente logra su mayor expansión. Si bien la universidad les seguiría resultando hostil, la coyuntura cultural sí constituyó un marco favorable para fijar sus raíces, ya que el reservorio peronista significaba ahora un enorme público “en disponibilidad” (Devoto, 2009: 278).

⁹ Dicha renovación historiográfica debe a la experiencia de la revista *Imago Mundi* buena parte de su maduración intelectual. Véase Acha, 2008 y Devoto, 2009.

En suma, lo que es común a las distintas corrientes historiográficas que fueron complejizando el campo de la disciplina a lo largo de su historia y ampliando la variedad de sus tradiciones intelectuales, es su emergencia en tres contextos de crisis de la historia política argentina. Dos de esos momentos corresponden a dos golpes de Estado militares que derrocaron a los dos gobiernos más populares de la historia argentina, los de Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón, y el tercero refiere al retorno a la democracia de la mano del radical Raúl Alfonsín tras años traumáticos, que no sólo incluyen un gobierno militar de facto, sino que contienen terrorismo de Estado, violencia política y hasta una guerra. Los revisionismos surgidos a fines de la década del '30, los revisionismo que afloran en el '55 y que se sostienen con éxito a lo largo de la década siguiente, la historia social que conquista la universidad en el '55 tras la proscripción que le impuso el peronismo, y la definitiva instalación de la historia profesional que propicia la transición democrática iniciada en 1983, tienen como denominador común el hecho de encontrar en un escenario atravesado por la incertidumbre política y social las condiciones para su emergencia.

Luego, existen ciertos aires de familia entre algunos de ellos. En términos epistemológicos, una serie podría establecerse, por un lado, entre la historia social del '55 y la historia profesional del '83, y por otro lado, entre los revisionismos de las décadas del '30, los de la del '50-'60 y los libros de Pigna-Lanata-O'Donnell del siglo XXI. Ciertamente, el humor revisionista de estos últimos libros fue aludido en el análisis y consiguiente crítica de los mismos realizado por algunos historiadores académicos, que incluso llegaron a referirse a ellos como "neo-revisionismo". La ubicación de dichos best-sellers en el linaje revisionista tiene que ver con la identificación de motivos comunes, como el antiimperialismo, la oposición a un relato histórico que se denomina como "historia oficial", la adscripción a un modelo conspirativo de la historia y la derivada autopostulación como la operación histórica que viene a denunciar la alianza oculta existente entre el saber y el poder para someter al "pueblo". Pero la asociación de "los libros de la controversia" con la tradición revisionista también se funda en otras afinidades, como que en la base de ambas experiencias editoriales está la búsqueda de una explicación capaz de generar algún tipo de respuesta, tanto a la crisis política como a los cambios sociales y culturales introducidos por la primera, y por ello se emparentan en que unas obras y otras utilizan el pasado como excusa para hablar del presente. También en el hecho de que ambas recibieron una respuesta masiva del público, se forjaron y circularon por espacios extraacadémicos e inspiraron la reprobación de las voces de la academia. Sin embargo, aunque los académicos fueron uno de los propiciadores de la asociación entre "los libros de la controversia" y el revisionismo, también son ellos quienes impugnan la inscripción de los primeros en el linaje que constituyen los segundos, puesto que destacan su calidad sensiblemente inferior, sus resortes comerciales por oposición a las convicciones políticas que motivaban a los revisionistas del siglo pasado, y la ausencia en los últimos de alternativas y de gestos propositivos que propicien alguna tradición política en reemplazo de los panteones que desmantelan con sus interpretaciones.

Más allá de las diferencias señaladas, creemos que lo que introduce una variante, un salto cualitativo entre los "neo-revisionistas" y los revisionistas del siglo pasado, es el

hecho de que los *best-sellers* contemporáneos inscriben a la última dictadura militar en la serie de hechos deleznable que los esquemas revisionistas de la historia suelen plantear y señalar como aquellos que la llamada “historia oficial” se empeña en ocultar o en presentar desprovisto de sus rasgos más dramáticos y de la identificación de sus responsables. Con la introducción de este pasado reciente en las lecturas conspirativas de la historia y con la acentuación del mismo que implica su uso como modelo y medida para juzgar otros hechos, reducen así a todos los conflictos que atraviesan a la historia argentina al planteo violento que asumieron las diferencias políticas por esos años. Ese planteo violento pertenece a un capítulo de nuestra historia al que justamente parece difícil encontrarle parangón con cualquier otro hecho histórico precedente. Este gesto no sólo es controvertido porque transgrede las reglas del método histórico que aconsejan esperar a que los hechos “se enfríen” para hacer de ellos un objeto de estudio, sino también porque vulnera la interpretación que había logrado hegemonizar al interior del campo historiográfico el espacio político-intelectual durante la transición democrática. Esto es, que no hay nada bueno que pueda salir de “ese” arcón de los recuerdos, que fue una etapa dominada por los “demonios”.

A su vez, hay que apuntar que la presencia de alusiones a la dictadura militar de parte de estos libros (para afirmar, por ejemplo, que Mariano Moreno es nuestro primer desaparecido), coincide con una coyuntura política y cultural en la que se resquebraja el consenso sobre ese pasado reciente, reconfigurando con ello el marco de lo decible y de lo investigable en esta materia. El campo político recupera el pasado reciente para hacerlo objeto de la política, apoyado en una interpretación de ese pasado que plantea profundas diferencias con la promovida por la transición democrática¹⁰. Un conjunto de figuras cobran protagonismo en la escena pública, como la del militante, la del desaparecido, la de los/as hijos/as de desaparecidos; y la interpretación oficial de nuestra historia abandona la lectura que se atribuye a Ernesto Sábato y promueve la idea de que la violencia de esos años era la escalada de un conflicto que tenía a dos demonios por contendientes, para pasar a afirmar que uno de ellos no era tal, sino que se trataba de una generación de jóvenes comprometidos hasta la muerte con la transformación social de su país.

La impugnación de los académicos a la historia de divulgación puede interpretarse como un reflejo corporativo, lo cual, debido a que dicho grupo nuclea a un conjunto heterogéneo de profesionales de la historia¹¹, probablemente pueda estar relacionado con que sus diferencias no impiden que los mismos hagan sistema. Es que lo que parece entrar en juego para ello es el sentido común del espacio académico que habitan, lo que Bourdieu denomina la *doxa* de un campo disciplinario. Pero además, como intentamos argumentar a lo largo de estas páginas, creemos que la sintonía entre la redefinición de la interpretación que desde el campo político se promueve de ese

¹⁰ En este sentido pueden entenderse los cambios introducidos por el gobierno de Néstor Kirchner en el año 2006 al prólogo de *Nunca más*.

¹¹ Estos *best-seller* lograron congregarse nombres como los de Tulio Halperín Donghi, Luis Alberto Romero, Beatriz Sarlo, Hilda Sabato, Mirtha Z. Lobato, Miguel Ángel de Marco, Horacio González, José Vazeilles, Jorge Gelman, Juan Suriano, Ema Cibotti.

capítulo de nuestro pasado cercano con un fenómeno editorial del género histórico que hace de “*la omnipresencia de la última dictadura militar el hecho crucial de todo nuestro pasado nacional*” (Acha, 2008: 186), permite pensar en un proceso de reconfiguración de fuerzas en el plano político-intelectual que bien puede estar en la base de las reacciones de los académicos en contra de la historia que escriben los divulgadores. Si bien creemos que hay aquí también una actitud defensiva que busca proteger las posiciones conquistadas en el campo historiográfico que amenaza el avance de estas historias, descansa asimismo, a nuestros ojos, una preocupación de carácter ideológico-político detrás de las intervenciones más duras de los académicos. Creemos que en lo que hace a esta dimensión del conflicto, la postura divergente que mantienen los contendientes en torno a la última dictadura militar es un factor central, porque la misma condensa dos miradas contrapuestas y extendidas en nuestro campo cultural sobre el período más traumático de nuestra historia nacional.

Una lectura de los cánones historiográficos en disputa a la luz de la noción de *régimen de historicidad*

Ahora bien, hay otra problematización que puede hacerse de esta disputa conservando como dato el papel que juega la última dictadura militar en el modo que ésta es recuperada (o no) por las tradiciones historiográficas en las que se inscribe la historia que escriben los contendientes. Nos referimos a un modo de auscultar la disputa, o más específicamente a un modo de auscultar la razón más trivial que parece estar entre los resortes de la disputa -que tiene que ver con la suerte desigual que ambas propuestas históricas tienen al ir al encuentro de un público-, que hace foco en algo más de lo que suele plantearse en este tipo de indagaciones. Esto es, no sólo en las convicciones sobre el presente de la que parece estar cargada la mirada que se efectúa hacia atrás y la programática que se postula para el porvenir en estos relatos históricos, es decir, atenta a la evaluación y la imaginería histórica que se promueve sobre el pasado con todo lo que ello condensa sobre el presente y el futuro. Tampoco ceñida a las formas que adoptan para hacer esto, a sus condiciones formales, a sus características retóricas, sus propiedades de lenguaje, su apelación o no a lecturas de sentido común, su uso o no de aparatos eruditos, su abreviar en tipos de construcciones discursivas propias de la disciplina o propias de la cultura más general, etc. Además de tener en cuenta estas dos cuestiones para nuestra indagación, que simplificada y esquemáticamente podemos sintetizar como cuestiones que aluden a la forma y al contenido de ambas opciones historiográficas, proponemos reponer en el ejercicio de indagación otras dos cuestiones.

Por un lado, creemos que para ponderar la brecha existente en el tipo de acogida que el público dedica a estas dos opciones históricas resulta insoslayable atender al contexto en el que ésta se produce. Decíamos en el capítulo anterior que uno de los factores que todos los actores convienen en señalar como decisivo para comprender el por qué del interés masivo que despiertan los *best-sellers* en cuestión, tiene que ver con el contexto de crisis en que éste se produce. Atender al contexto de recepción de estas obras es para nosotros fundamental porque creemos que ciertos contenidos sólo hacen sentido o logran interpelar al lector si están dadas las condiciones para su recepción, es decir, si el contexto en el que esos mensajes circulan otorga verosimilitud a los mismos. Pero

cuando proponemos atender al contexto de recepción no hacemos referencia sólo a un aspecto político y/o social sino también a una dimensión que impregna todo, que es la dimensión cultural, es decir, aludimos a los rasgos que asume la contemporaneidad que configuran los marcos de percepción y de significación de los productos simbólicos. En este sentido, el ejercicio que proponemos para aproximarnos a entender cuál es el secreto del éxito de masas experimentado por la historia de divulgación y cuál es la clave de la indiferencia sistemática que tributa el gran público a la historia académica, es analizar, en relación a su articulación con los contenidos y las formas concretas que proponen los dos modelos historiográficos, de qué manera pueden estar incidiendo algunas condiciones de la contemporaneidad en este impacto social desigual que tienen ambos modelos históricos. A su vez, creemos que la consideración de lo que aquí llamamos contemporaneidad, nos llevará indefectiblemente a analizar otro nivel del contenido de estas historias, que tiene que ver con la noción de *régimen de historicidad* acuñada por el historiador francés François Hartog (2007; 2010), que tiene la peculiaridad de preguntarse por el orden temporal que asume el discurso histórico articulando este interrogante con una reflexión sobre cómo es experimentado el tiempo por la época de la que es hija ese discurso.

Empecemos por hacer un repaso sucinto de las características que asumen cada uno de estos modelos históricos en relación a la forma que adoptan y al contenido que privilegian, a partir de lo cual estaremos en condiciones de analizar el tipo de *régimen de historicidad* que prima en ellos y de conjeturar cómo se lleva el orden del tiempo que pregonan estas obras con el modo en el que experimenta la temporalidad nuestra contemporaneidad.

Comencemos por la historiografía académica. Siguiendo el análisis propuesto anteriormente, lo que define a esta historiografía respecto de la evaluación histórica que propicia es, fundamentalmente, que tiene como faro el ideal del “país normal”¹². La

¹² Es cierto que esta idea de “país normal” con que ligamos a la historia académica no se desprende de los términos que se asocian a ella en la disputa con los divulgadores sino que surge de algunas investigaciones que toman por objeto a la historiografía profesional (Hora y Trímboli, 1994; Acha, 2004; Oberti y Pittaluga, 2006; Pittaluga, 2010), lo cual creemos que es suficiente para dar crédito a esta lectura. Por otra parte, de alguna manera un reconocimiento de este tipo por parte de los académicos en el medio de esta disputa parece improbable si se tiene en cuenta que una reivindicación de sus textos históricos que apunte a poner en valor la construcción del pasado en aras de un país normal, sería lo mismo que reconocer que ejercen el oficio guiados por ciertos valores o consustanciados con determinados objetivos políticos, que es precisamente lo que salen a criticar a los divulgadores. De modo que, en relación a esta vinculación de la historia académica con la idea de país normal seguimos el análisis de varios estudios historiográficos de corte académico realizados por el historiador Omar Acha, a partir del cual llega a esta conclusión por la cual se vincula el ideal del país normal con los abordajes históricos realizados desde la academia. En el corpus que analiza Acha figura *Breve historia contemporánea de la Argentina* (FCE) de Luis Alberto Romero; “dos summas historiográficas que muestran un sector decisivo de la disciplina, de sus temas y perspectivas más recientes” (Acha, 2008: 177) como son la *Nueva Historia de la Nación Argentina*, obra colectiva producida por la Academia Nacional de Historia y dirigida por Victor Tau Anzoátegui (bajo la coordinación de Miguel Ángel de Marco, con trabajos de Daisy Rípodas Ardanaz, Ernesto J. A. Maeder, Roberto Corté Conde, César A. García Belsunce, Dardo Pérez Guilhou, Tulio Halperín Donghi, Lila Caimari y Ezequiel Gallo); y la *Nueva Historia Argentina*, colección de diez volúmenes dirigida por Juan Suriano, inscripta en el linaje de la historiografía universitaria refundada en

deformación del país a la que había contribuido la dictadura se contrapuso otro desde la imaginación historiográfica, que planteaba aspiraciones moderadas pero decididamente progresistas: *“uno que desarrollara un modesto capitalismo, que soportara el pluralismo de partidos, defendiera una discreta redistribución de los ingresos y respetara los derechos humanos. En suma, se aspiró a un país normal”* (Acha, *op. cit.*: 171). Este ideal, como ya dijimos, impregnó las convicciones políticas a la vez que modeló la institucionalización de la tarea intelectual que sobrevino tras los años de plomo. La consolidación del campo historiográfico se desarrolló con numerosas reflexiones y estudios que tenían como horizonte a una sociedad normalizada, que habían sido incubados “en las catacumbas” o en el exilio. De modo que el sentido de la práctica historiográfica estaba para los académicos fuertemente condicionado por la historia que se acababa de vivir (Acha: 171) pero también estaba decididamente instalada de cara al futuro, imaginando un futuro que estaba anudado de forma refractaria con el pasado reciente.

Como ya fue sugerido anteriormente, creemos que esta evaluación histórica tiene que ver con el modo en que funcionó la “teoría de los dos demonios” en el campo intelectual en general, y en el historiográfico en particular, estableciendo ciertos marcos de lo decible y de lo investigable, estableciendo los límites del tipo de lectura crítica que podía hacerse del período que se acababa de dejar atrás¹³. La “teoría de los dos demonios” había funcionado para el campo historiográfico, desde nuestra perspectiva, como cerrojo, como una vuelta de página forzada de un capítulo dramático de nuestra historia que dejaba un vacío de sentido para el período, al decretar su sinsentido. Esa teoría dice: “ni los militares, ni los guerrilleros”, “ni la dictadura, ni la revolución”, y ceñida a esta formulación del conflicto cierra así la posibilidad de pensar las tramas que llevaron a las derivas violentas tomadas por nuestra sociedad en ese período¹⁴. La cuestión de la militancia, de las organizaciones armadas, la filosofía política que las guiaba, etc., quedan así, por el momento, prácticamente sin registro histórico.

1984 (la asesoría general de la obra estuvo a cargo de Enrique Tándeter, y la dirección de los sucesivos tomos que aparecieron a partir del año 2000 en función de su temática, estuvo a cargo de Miriam Tarragó, Enrique Tandeter, Noemí Goldman, Marta Bonaudo, Mirta Z. Lobato, Ricardo Falcón, Alejandro Cattaruzza, Juan Carlos Torre, Daniel James y Juan Suriano. La obra se completa con una historia del arte –dirigida por José Emilio Burucúa- y un atlas). Según plantea Acha, aunque la pérdida de unidad narrativa que conlleva la conformación de volúmenes y de distintos autores de la que están hechas estas historias lleva al desdibujamiento del ideal de país normal, el punto esencial es que la noción de país normal prima en el conjunto, aunque desigualmente (Acha, 2008: 178).

¹³ Ya mencionamos que hubo algunos investigadores que trabajaron a contracorriente de esta tendencia, constituyéndose en contadas excepciones.

¹⁴ Creemos pertinente aquí la reflexión que propone el historiador Roberto Pittaluga en relación al funcionamiento de la “teoría de los dos demonios” como cerrojo, basándose en una perspectiva propuesta por Héctor Schmucler. Pittaluga dice que *“incluso los nombrados como demonios, militares o guerrilleros, carecen, por esta misma denominación, de responsabilidad, pues como afirma Schmucler, los demonios no pueden actuar más que como demonios, y por tanto, como no son libres, carecen de responsabilidad sobre sus actos. Vemos así todo el alcance de la llamada ‘teoría de los dos demonios’.* Héctor Schmucler, *‘¿Para qué recordar?’*, en Seminario 2006. Entre el pasado y el futuro. Los jóvenes y la transmisión de la experiencia argentina reciente, Buenos Aires, Eudeba/Ministerio de Educación, 2007” (Pittaluga, 2010: 127).

Por otra parte, si pensamos que quien oficia dispensando legitimidad a la historia profesional es la academia, no resulta extraño que estos relatos presenten dificultades para atraer lectores, pues deben regirse por valores científicos como el rigor, la metodología y la neutralidad que hacen más engorrosa la construcción fluida de los textos, la inteligibilidad de los hechos que se cuentan y la implicación del lector en el relato. Asimismo, como también ya dijimos, con el retorno de la democracia y las condiciones institucionales y políticas que esta supone, la disciplina logra emprender el camino de la “normalización” y experimenta una profesionalización profunda (Hora y Trímboli, 1994; Acha, 2008, 2009; Cernadas y Lvovich, 2010; Pagano, 2010). A medida que el presente se pacifica y se “normaliza”, las investigaciones historiográficas se ven liberadas de las urgencias que impone el presente y el campo se va retrayendo. Esto redundará en una mayor especialización y una creciente sofisticación de la disciplina. La fragmentación constituye el signo de estos tiempos para la historiografía¹⁵, convirtiéndola en un territorio heterogéneo y dispar, marcado por la complejidad¹⁶. Nora Pagano subraya la entrada de los estudios históricos “en una dispersión expresada en la prevalencia de pequeñas monografías metodológicamente sofisticadas pero carente de grandes preguntas” (Pagano, 2010: 49). En definitiva, se trata del proceso que dicha historiadora caracterizó como de “estructuración hacia adentro y desestructuración hacia afuera”¹⁷ (2010: 50) y que es precisamente el fenómeno que motoriza a los historiadores Roy Hora y Javier Trímboli a embarcarse en la empresa del libro *Pensar la Argentina: “Nos perturbaba la relación con el exterior, signada por la retracción de la historia del campo de debates de la cultura argentina”*, dicen los historiadores en el prólogo. El historiador Fernando Devoto resume esta preocupación a la que aluden Trímboli y Hora en una frase que da cuenta del consenso existente entre los historiadores sobre el clima de disconformidad que se respira en el campo atento a sus derivas, dice: “más y mejor historia como la que hoy se practica no parece llevar a una mejor indagación de la explicación acerca de las relaciones entre el pasado y el presente” (Devoto, 2010: 11).

La evaluación histórica que promueven los divulgadores, en cambio, propone ubicar al país en un sitio distinto al del “país normal” que impregna las lecturas realizadas por los académicos y también difiere de aquellas en su decidida indagación del pasado atenta a la necesidad de consagrar este ejercicio a la búsqueda de respuestas que urgen al presente. Tal como quedó planteado por los académicos en sus críticas, pero también

¹⁵ El historiador Tulio Halperin Donghi habla de un crecimiento de la disciplina en forma de “coralina” para ilustrar la modalidad predominantemente agregativa bajo la que creció el campo (Hora y Trímboli, 1994).

¹⁶ La complejidad a la que aludimos surge de la caracterización que ofrece de la historiografía del período la historiadora Nora Pagano, quien plantea que “resulta ya un lugar común caracterizar el panorama historiográfico como dominado por el desgranamiento temático, los cruces conceptuales y metodológicos, la dilatación de las fronteras y la estimulación de confluencias disciplinarias, la multiplicación y diversificación del universo documentario. Receptivos a los nuevos enfoques –particularmente al giro antropológico, el retorno al sujeto, al neohistoricismo-. Un amplio grupo de historiadores privilegian la exploración de subjetividades y reconstruyen el desempeño activo de los individuos en la conformación de lazos sociales, deslizando de las estructuras a las redes de sociabilidad, de los sistemas de estratificación a las situaciones vividas, de la racionalidad global a las estrategias singulares, o sea, la manera a través de la cual los individuos producen el mundo social” (2010: 51)

¹⁷ Se recomienda la lectura del trabajo de Pagano (2010) para un conocimiento más acabado de las características que asume la producción historiográfica reciente.

como surge de algunos estudios que se dedican a analizar a las divulgaciones históricas de las que nos ocupamos aquí (Acha, 2008; Rodríguez, 2010), estos autores proponen una reconstrucción histórica que se informa por la fórmula “ayer es igual que hoy”. De modo que lo que caracteriza a estas historias es que en su producción está ausente la idea de cambio social. En ellas la historia se vertebra a partir de la operación que homologa el pasado al presente, aplicando una lectura que tiende a asimilar el pasado al mundo actual, borrando así los condicionamientos de época que intervienen en el devenir histórico. Para ello incurren en anacronismos y proyecciones del sentido común del presente hacia el pasado, porque la interrogación al pasado está inspirada en los problemas del presente. Las categorías del presente se aplican al pasado, y el mismo termina adoptando un cariz muy parecido al de hoy, a partir del uso y abuso de figuras que hoy nos resultan familiares pero que son ajenas al mundo simbólico de la época a la que se aplican¹⁸. Todo esto -el desdibujamiento del pasado al que conduce su equiparación con el presente, la comparación recurrente de los vicios que muestra la clase política actual con los que se atribuyen a los protagonistas de la historia, las apreciaciones dirigidas al pasado desde marcos interpretativos extemporáneos a ese tiempo- impide pensar el pasado en sus propios términos. Lo que permite hacer esta lectura es una concepción de la historia que avanza por la lucha entre buenos y malos, por acción de héroes y villanos, prescindiendo de los procesos, las estructuras, los actores sociales.

El punto de nuestra historia que estos relatos toman como arquetipo, al cual adaptan muchas de las circunstancias de nuestro pasado y en el cual abrevan muchas de las

¹⁸ A los ejemplos que aportaron sus críticos en este sentido, podemos sumar los que agregan algunos de los estudios que analizan los textos de divulgación. Martha Rodríguez, por su parte, cita varios ejemplos de cómo el presente trasunta en el pasado en el primer tomo de *Los mitos...* de Pigna que analiza: “En el temprano siglo XV ‘con tal de no aportar sus joyas para sponsorar la expedición, la reina [Isabel la Católica] recordó un viejo pleito con la ciudad de Palos’ (Pigna, 2004: 32); y luego durante la primera fundación de Buenos Aires, Pedro de Mendoza y su gente entablaron relaciones conflictivas con los indígenas pues ‘bastó que los querandíes suspendieran por un día el delivery para mil doscientas personas para que el ‘noble’ don Pedro los mandara masacrar con palabras amistosas’ (p. 86); la mujer de Dimón de Valdez, ‘la Guzmán, llegará a ser una activa participante de la banda [de contrabandistas y otros delitos liderada por su marido] y así se convertirá en adelantada de tantas mujeres de funcionario por venir’ (p. 122); otro miembro de su banda, Juan de Vergara, aunque ‘todavía no existía la revista Caras [...] se jactaba, ante quien quisiera escucharlo, de tener setenta y cinco esclavos para servicio doméstico y una casa de quince habitaciones’ (p. 135). Es durante las invasiones inglesas, más precisamente en las deliberaciones realizadas en el Cabildo que destituyeron al virrey Sobremonte, cuando se concretó ‘el primer triunfo del pueblo sobre la autoridad del rey [...] por la instalación en la opinión pública de la idea revolucionaria de que los funcionarios corruptos, cobardes e ineficaces podían ser removidos por el pueblo organizado’ (p. 209). Varios funcionarios coloniales dejaron en la historia sus enseñanzas para las generaciones futuras, por ejemplo, el héroe de la resistencia de Buenos Aires a las invasiones inglesas ‘para hacer frente a la deuda reclamada [por la Real Hacienda] y dictando cátedra para los futuros funcionarios argentinos, Liniers, sin muchas vueltas, echó mano de los fondos donados por la población que debían remitirse a España’ (p. 257); por su parte, Gervasio Posadas, director supremo de las Provincias Unidas, adelantándose con su actitud casi dos siglos a otra máxima autoridad del Poder Ejecutivo, una especie de ‘De la Rúa de la época’ (p. 378), por su falta de decisión, su escasa capacidad para manejar la administración pública y sus medidas sólo complicó la ya de por sí compleja situación política. No sólo designa a sus familiares directos en puestos clave para la época sino que desarticula las estrategias llevadas a delante por los ejércitos que luchaban contra los españoles” (2010: 127-128)

figuras a las que apelan los divulgadores, es el período que comprende la última dictadura militar. Imágenes como la de los desaparecidos, los militares asesinos, los indultos, los 24 de marzo, aparecen aquí y allá, proyectando las connotaciones que las mismas encierran a una realidad difícilmente equiparable a la que están asociadas dichas imágenes¹⁹. El estudio que el historiador Omar Acha realiza sobre las producciones históricas de Pigna y de Lanata lo lleva a sostener que la clave del éxito de sus trabajos está en el acento que estas historias ponen en la última dictadura militar, concentrándose especialmente en la práctica de desaparición de personas que ésta introdujo como política de Estado, haciendo de este hecho el eje articulador de toda la historia nacional, tanto hacia atrás como hacia adelante de la línea cronológica en la que se ubica el período militar 1976-1983. Al leer toda la historia argentina en esta clave, lo que operan estas narraciones es la eliminación de la idea de cambio social, los hechos que ingresan en esta historia son aquellos que son pasibles de ser articulados a partir de binomios equiparables a los que campeaban en nuestra época más oscura. Acha ejemplifica el punto al que alude su tesis cuando reconstruye el modo en que presenta la historia Pigna, para quien: *“Los pueblos originarios diezmados por la conquista fueron los primeros desaparecidos, así como Mariano Moreno fue arrojado al mar para hacer desaparecer su cuerpo temido por el saavedrismo reaccionario”*²⁰ (Acha, 2008: 184). En este sentido, si la historiografía académica hace una evaluación histórica en la que el “país normal” emerge como ideal para nuestra historia, la evaluación histórica que realizan los divulgadores los lleva a sostener la necesidad de incluir a la memoria social en la historia.

Por otro lado, cabe consignar que las características que asumen las propuestas de los divulgadores que describimos anteriormente hace de esta historia un relato de fácil absorción para el lector, porque, como dice Sarlo,

*“la repetición es un recurso de inteligibilidad, porque lo nuevo y lo desconocido se explican según las condiciones que se cree conocer bien, estableciendo una comparación implícita, gobernada por la analogía de lo diferente y lo conocido. Lo que aún no se entiende porque acaba de suceder es iluminado por un ‘historicismo’ espontáneo y escéptico que identifica lo nuevo con lo viejo”*²¹

A su vez, tanto algunas de las críticas de académicos como de las investigaciones que toman por objeto a las divulgaciones históricas que nos ocupan señalan que las

¹⁹ El análisis realizado por Acha del segundo tomo del libro *Argentinos* de Jorge Lanata, que comprende, como se anuncia en su título, *“desde Yrigoyen hasta la caída de De la Rúa”*, arroja que *“de las 671 páginas del volumen, las dedicadas a la dictadura militar y a sus estribaciones en el Nunca Más y las leyes de impunidad ocupan 176 (26%); en contraste, el primer peronismo es presentado en 33 páginas (5%)”* (2008: 186).

²⁰ En rigor, la prescindencia de la noción de cambio social en la historia que hace Pigna ya había sido señalada por las críticas que hacen a la misma los historiadores académicos, pero hasta Acha ninguno se había animado a señalar que el eje articulador de los binomios a partir de los cuales se va desplegando la historia en su narración se vale del “trauma” social que abre la última dictadura militar con la práctica de desaparición de personas.

²¹ SARLO, Beatriz, “Historia académica v. historia de divulgación”, en *La Nación*, 22/01/2006.

diferencias de forma y contenido que presenta con la historia académica tienen que ver con que las primeras no se escriben con arreglo a las reglas de la disciplina como lo hace la segunda y que el único protocolo que siguen es el que manda el mercado, esto es, vender y gustar al público (Semán, 2006; Acha, 2008; Rodríguez, 2010), para lo cual la mejor estrategia parece ser la de abandonar las rigideces conceptuales y recaudos interpretativos que valoran las instituciones académicas, dejar de lado el efecto de neutralidad en pos de un posicionamiento explícito del historiador que permita a los lectores identificar el punto de vista desde el que se está contando la historia y, en lo posible, una presentación sencilla del pasado, que esté a tono con los marcos interpretativos del presente desde el cual se lee la historia. A esto debe sumarse una retórica simple, el uso de un lenguaje llano y una hilación del relato de aprehensión sencilla.

Ahora bien, ambos relatos históricos, los de los divulgadores y los de los académicos, circulan en condiciones culturales que son dignas de mención, pues éstas siempre configuran una contemporaneidad que indudablemente condiciona el modo en que son recibidos dichos relatos. Dicha contemporaneidad se define por un clima dominado por el fin de las certidumbres, la caída de los grandes relatos y los cambios de escala que imponen las derivas culturalistas. Algunos investigadores han señalado que el desdibujamiento de la idea de progreso que estos desplazamientos suponen ejerce efectos deflacionarios sobre las ideas de pasado y de futuro, produciendo una inflación del presente (Debord, 1995; Virno, 2003; Sibilia, 2008; Hartog, 2010). Lo que introducen estas transformaciones es un cambio en el modo en que nos relacionamos con el tiempo. En este sentido, cabe tener presente que la de tiempo es una categoría que varía temporoespacialmente, pues sus características se modifican al compás de los contextos y los cambios históricos. Siguiendo a François Hartog podemos precisar que dicha contemporaneidad está marcada simultáneamente *“por la caída del Muro de Berlín en 1989, por el desvanecimiento de la idea comunista basada en el porvenir de la Revolución y por el ascenso de múltiples fundamentalismos, perturbando de manera brutal y duradera nuestra relación con el tiempo”* (2007: 21). También lo está por otra realidad que consiste en el reconocimiento de la diversidad de las culturas que comienza a configurarse a mediados del siglo pasado²².

Asimismo, el carácter renovado que asume hoy la idea de tiempo también debe sus transformaciones a la globalización y al avance del género informativo (Hartog, 2010: 25) que, con sus ritmos fugaces y su presentación fragmentada, promueve la *destemporalización* y la *destotalización* (Sibilia, 2008: 154). La idea de

²² Este reconocimiento ya está presente en las páginas de *Raza e historia* escrita por el antropólogo Lévi-Strauss a instancias de la UNESCO en el año 1957, en donde *“el autor empieza a criticar el ‘falso evolucionismo’, denunciando como una actitud del viajero occidental que cree ‘volver a encontrar’, digamos, la Edad de Piedra entre los indígenas de Australia (...) Pone plenamente en perspectiva la idea de progreso. Las formas de civilización que uno tenía tendencia a imaginar como ‘escalonadas en el tiempo’ deben más bien verse como ‘desplegadas en el espacio’ (...) A esta primera relativización de principio es preciso añadir una más, que se vincula con la posición misma del observador. Para explicarlo mejor, Lévi-Strauss recurre entonces a los rudimentos de la teoría de la relatividad”* (Hartog, 2010: 35-36)

destemporalización alude a un tiempo al que no le es inherente el pasado ni la promesa del futuro, es un tiempo sin tiempo porque en él el tiempo se comprime. Es “*un presente constantemente presentificado*” (ídem: 132), un “*tiempo congelado*” (Debord, 1995), “un presente omnipresente (...), un presentismo” (Hartog, 2010: 28):

“Esa sensación de que vivimos en un presente inflado, congelado, omnipresente y constantemente presentificado, promueve la vivencia del instante y conspira contra las tentativas de darle sentido a la duración (...) la dimensión del tiempo se ha perturbado y su linealidad estalló en una infinidad de astillas dispersas” (Sibilia, 2008: 143-155).

Estos cambios en la vivencia del tiempo constituyen la plataforma de emergencia del sentido común posmoderno que pregona “*el fin de la historia*” (Virno, 2003). La percepción actual del tiempo parece vaciada de contenido y significado histórico, su continuidad permanentemente interrumpida torna cada vez más difícil la acumulación o la reconstrucción progresiva y lineal de aquello que “llena” el tiempo, debilitando la experiencia histórica. El presente ya no es vivido como un punto de condensación del pasado que se proyecta hacia el futuro, con un espesor temporal denso por sus raíces hundidas en el pasado y sus ramas extendidas hacia el futuro. El presente hoy es experimentado desde el instante y sin aquella carga temporal que lo ubicaba como punto de pasaje entre el pasado y el futuro. Es precisamente el andar ligero del presente y su conexión inmediata y a-histórica con el futuro lo que hace proclamar el derrumbe de la historia.

Paradójicamente, la pérdida de sentido histórico que supone nuestro presente se consustancia con una tendencia aparentemente contraria: la creciente reivindicación del pasado y la profusión de una *cultura de la memoria* (Huysen, 2002). En rigor, esta convivencia no es paradójica sino que se trata de dos caras de la misma moneda: la preocupación por el pasado y las actividades retrospectivas tienen como resorte la vivencia destemporalizada del presente. En este sentido, cabe consignar que en lo que hace, por ejemplo, a la experiencia individual del pasado “*(...) el vigor de ese pasado rememorado en la duración de la propia experiencia vital -con su flujo de recuerdos y su objetivación del tiempo vivido- sólo podrá aumentar si el sujeto se encuentra inactivo; o sea, si son escasas sus necesidades e intereses ligados a la acción en el presente*” (Sibilia, 2008: 144).

Si nuestra concepción del tiempo es distinta a la concepción moderna del mismo, que se caracterizaba por el anudamiento entre pasado, presente y futuro y a su vez constituyó la base a partir de la cual se organiza la historiografía moderna, ¿cuál es el papel que se espera que desempeñe el historiador en un *mundo presentista* (Hartog, 2010)?

En rigor, lo que importa preguntarse y responder es cómo se llevan con las nuevas condiciones de percepción del tiempo la historia que escriben académicos y divulgadores, según la imagen que de ellas nos deja la disputa de la que aquí nos ocupamos. Si se trata de pensar por qué los primeros no logran atraer un público significativo hacia su historia y por qué los segundos consiguen tanta repercusión, probablemente sea en las maneras diferentes de interactuar con las condiciones que

presenta la contemporaneidad y con su manera de experimentar el tiempo donde reside la clave de su suerte. En este sentido es que nos interesa analizar ambos modelos historiográficos a partir de lo que François Hartog denomina *régimen de historicidad* (2007; 2010), pues esta noción se concentra en la experiencia del tiempo que existe en una época dada. Creemos que el régimen de historicidad, entendido como las “*diferentes maneras de articulación de las categorías del pasado, del presente y del futuro*”, como aquello que distingue el orden del tiempo “*según el acento sea puesto sobre el pasado, el futuro o el presente*” (Hartog, 2010: 26), constituye un instrumento heurístico útil para ponderar el dispar impacto que los relatos históricos que intervienen en la disputa que aquí se analiza tienen.

¿Cuál es el orden del tiempo que parece primar en la historia académica según la imagen que devuelve de ella la discusión aquí reseñada?, ¿cuál es el *régimen de historicidad* por el que se rige?

Por una lado, hay que señalar que la tendencia de la historiografía profesional local de la que nos habla Nora Pagano, consistente en la adaptación de sus enfoques a las renovaciones teóricas más innovadores que se están dando en algunos puntos de Europa y EEUU (particularmente al giro antropológico, el retorno al sujeto y el neohistoricismo), produce un deslizamiento “*de las estructuras a las redes de sociabilidad, de los sistemas de estratificación a las situaciones vividas, de la racionalidad global a las estrategias singulares, o sea, la manera a través de la cual los individuos producen el mundo social*” (Pagano, 2010: 51). Esta desviación de lo nacional para tomar en cuenta lo económico y lo social en la historiografía profesional local, al igual que lo hizo la historiografía profesional en general en el resto de occidente (Hartog, 2007: 158) a la luz de la cual la nuestra se fue renovando, fue la manera –aunque indirecta- en que aquí la historia académica tomó nota de las transformaciones en las formas de experimentar el tiempo²³.

Ahora bien, dentro de la historia académica hay autores que conservan la perspectiva nacional²⁴. En rigor son dichas historias las que constituyen una alternativa de la que escriben los divulgadores puesto que, como ellas, asumen a la Nación como eje vertebrador del relato. En este sentido, para responder a la cuestión del *régimen de historicidad* por el que se rige la historia académica resulta fructífero tener presente el papel que juega la idea de “país normal” como ideal a alcanzar en sus relatos históricos. Porque si la tarea del historiador es la de “*poner el presente en perspectiva*” (Hartog, 2007: 14), lo que ordena la perspectiva que adopta la historia académica es el punto de vista del porvenir, que en este caso se consustancia con la idea del “país normal”. La inteligibilidad de la historia académica viene así del futuro, lo que le da sentido, lo que

²³ Habría que explorar si este desplazamiento de la Nación hacia la Sociedad por parte de la historia académica se acompañó de una diferente relación con el tiempo para el caso argentino. Para el caso francés el historiador Pierre Nora afirma que “*la legitimación del pasado, por lo tanto de la historia, cedió el paso a la legitimación del futuro*” (citado en Hartog, 2007: 158-159), es decir, que se trata de una historia que, a pesar de redefinir sus enfoques a la luz de la fragmentación que experimenta la idea de tiempo en el mundo contemporáneo, no deja por ello de organizarse a partir de un *régimen moderno de historicidad*.

²⁴ Incluso, entre aquellos en los que se detecta un desplazamiento hacia un registro del pasado desde una escala individual, hay casos en los que se mantiene la perspectiva nacional.

organiza la interpretación del pasado es su prospectiva, es la idea de “país normal” que se aspira para el futuro lo que proyecta su luz hacia el pasado organizando la historia en función de este *telos*. Por eso, el pasado reciente, la última dictadura militar, que sobresale por su deformidad y su excepcional brutalidad, nada tiene para contribuir en el camino hacia un “país normal”, quedando así relegada de la matriz progresista que intenta reivindicar esta perspectiva y bajo la cual se coloca²⁵. En todo caso, en estos relatos históricos, esta etapa de nuestra historia es pensada como un interregno, ya que lo que se destaca es su anormalidad, lo cual, de cierta forma, también es una interpretación impregnada por el ideal del “país normal”²⁶.

En suma, la historiografía académica, en coherencia con la tradición científica en la que se inscribe, produce un relato histórico sólidamente atado al concepto de progreso. En este sentido, si seguimos la definición propuesta por Hartog de la noción de *régimen de historicidad* y lo entendemos entonces como las “*diferentes maneras de articulación de las categorías del pasado, del presente y del futuro*”, como aquello que distingue el orden del tiempo “*según el acento sea puesto sobre el pasado, el futuro o el presente*” (2010: 26), el orden del tiempo que sin duda enfatiza la historia académica es el futuro. Es el futuro, y no el presente ni el pasado, el punto de vista desde el que se pone en perspectiva el presente y se organiza la lectura del pasado; se interroga el presente y el pasado en función de las preguntas que instala el porvenir. Según la identificación que promueve Hartog, un tipo de tensión entre pasado, presente y futuro como la que propicia la historia académica, un tipo de articulación de los tres tiempos como la que promueve el discurso historiográfico profesional, es la típicamente moderna²⁷. Esta concepción está en sintonía con una idea lineal del tiempo en la que el pasado determina el presente, que a su vez genera el futuro.

²⁵ Recuérdese que la historia académica compartió en general la interpretación de lo ocurrido en esos años que propuso la “teoría de los dos demonios”, de modo que no había tampoco para ella ninguna tradición libertaria o democrática que rescatar en ese período.

²⁶ En efecto, quizá deberíamos entender que es mayoritariamente en función de este período que se contornea esta inclinación hacia la aspiración de una Argentina normalizada. Si bien una vez definido el ideal de “país normal” el pasado reciente queda ubicado por fuera de la matriz democrática que se intenta reivindicar, en la base de la definición de este ideal a partir del cual procesar la lectura de nuestro pasado está sin duda la “anormalidad” que impregna los años que comprende la última dictadura militar.

²⁷ Ciertamente, haciendo suya la lectura propuesta por Reinhart Koselleck, François Hartog consigna que “*el tiempo histórico lo produce la distancia que se crea entre el campo de la experiencia, por una parte, y el horizonte de espera, por la otra: el tiempo histórico se engendra por la tensión entre ambos*” (p. 39). ¿Cuál es la estructura temporal que caracteriza al régimen moderno de historicidad? Siguiendo a Koselleck, Hartog plantea que la estructura temporal de los tiempos modernos está “*marcada tanto por la apertura del futuro como por el progreso y se caracteriza por la asimetría entre la experiencia y la espera; (...) esta historia puede conocerse esquemáticamente como la historia de un desequilibrio siempre creciente entre ambos, como efecto de la aceleración*” (p. 39-40). Esta perspectiva entiende la historia moderna como proceso y motorizada por un orden que es el del progreso, que no cesa de acelerar, “*la historia se hace entonces en nombre del porvenir*” y se escribe por consiguiente también en nombre de él (p. 134). Impregnado por la idea de la historia como proceso, el *régimen moderno de historicidad* parte de concebir a los acontecimientos que se despliegan en la historia no como acontecimientos que “*tienen lugar solamente en el tiempo, sino a través de él: el tiempo se convierte en actor, si no es que en ‘el actor’*” (p. 131).

¿Es compatible el *régimen moderno de historicidad* con la configuración del tiempo que se impone en la cultura contemporánea? ¿Es la condición presentista que caracteriza a nuestra época un marco de lectura propicio para las historias que se escriben bajo el *régimen moderno de historicidad*? El *régimen moderno de historicidad* ¿es todavía funcional en el contexto de predominio hasta ahora inédito de la categoría del presente imperante?

Hartog opina que *“si la crítica del progreso no implica una promoción automática del presente, sí deja dudas sobre el carácter forzosamente positivo de la marcha hacia el porvenir”* (p. 138). Para él *“el futurismo²⁸ se hundió en el horizonte y el presentismo lo reemplazó. El presente se convirtió en el horizonte. Sin futuro y sin pasado, el presentismo genera diariamente el pasado y el futuro de quienes, día tras día, tienen necesidades y valoran lo inmediato”* (pp. 140-141).

Cuando el porvenir se cierra, cuando el futuro se torna incierto o incluso amenazante, cuando la visión teleológica de la historia queda impugnada por las duraciones fugaces y efímeras que caracterizan los modos contemporáneos de vivir el tiempo, tanto por la imposibilidad de acumular experiencias progresivas en virtud de la creciente aceleración que sufre la historia como por la impugnación del sentido histórico del tiempo que esto implica, la luz proyectada desde el futuro disminuye y *“el presente se convierte en la categoría preponderante, mientras que el pasado reciente –aquel del que nos sorprendemos que ‘no pase’ o del que nos inquietamos que ‘pase’- exige incesante y compulsivamente ser visitados y revisitados”* (Hartog: 168).

Ahora bien, no sólo la perspectiva desde la que se escribe la historia académica parece entrar en cortocircuito con el *presentismo*. También la profunda crisis que sobrevino en el año 2001 contorneó un escenario refractario a esa matriz historiográfica. Como ya sugerimos, el proceso que sobrevino con la caída del gobierno de la alianza radical-frepasista tuvo, además de ribetes políticos, sociales y económicos, un impacto cultural devastador. En tanto crisis cultural, el 2001 supuso

“una suspensión del sentido común y del imaginario acerca de quiénes somos (...) es el período en el cual se produce una sensación colectiva de liminalidad, de que algo ha llegado a su fin, o de que un sentido crucial se ha tornado obsoleto, y no se impone otro régimen de significación que pueda otorgar certidumbres mínimas a la sociedad” (Grimson, 2011: 14)

En este sentido, el historiador Omar Acha sugiere la hipótesis de que el derrumbe del gobierno de De la Rúa representa mucho más que la caída de un gobierno. Para él, con ella *“se quebrantó una idea del progreso nacional, y se fracturó la fuerza de convencimiento de la historia acuñada para examinar al país normal”*. Este escenario implica un agotamiento de las capacidades cognoscitivas de la historia académica a la vez que constituye su oportunidad, que para Acha debe orientarse a *“superar el*

²⁸ El futurismo debe entenderse aquí como la dominación del punto de vista del futuro.

idealismo senil de esa normalidad imposible sin retornar a las antiguas aporías del país deforme (...) replanteándose [con ello] el faro desde el cual ensayar una historia nacional” (2008: 193). Las búsquedas y las demandas de nuevas narrativas que aporten sentido al devenir histórico que despierta una crisis de esta índole son las que explican, para este historiador, *“el éxito del revisionismo light de Pigna y Lanata”* (p. 194).

Ahora bien, analicemos entonces, a la luz de la vacancia histórica que los divulgadores vendrían a llenar según la hipótesis que acabamos de plantear de la mano de Omar Acha, qué *régimen de historicidad* prima en el tipo de evaluación histórica que promueven las producciones de Pigna, Lanata y O’Donnell. Interroguémonos, siguiendo esta hipótesis, sobre la supuesta funcionalidad de estas historias bajo una configuración contemporánea presentista y en un contexto de crisis de significados sociales cruciales.

Lo primero a destacar respecto a estos autores es que los mismos dan a luz sus historias nacionales en un momento de *impasse*, en un contexto en el que entran en crisis los sentidos hegemónicos en el cual la mirada hacia atrás se volvió legítima: para abarcar el camino recorrido, para tratar de comprender en dónde estábamos y por qué. Como ya fue señalado, lo que prima en estos discursos históricos es la desaparición de la idea de cambio histórico, que se materializa por la fórmula “ayer es igual que hoy”. A su vez, se ha dicho que estas narraciones tienen cierto humor revisionista, al releer la historia nacional al calor de las heridas que deja nuestra última dictadura militar, haciendo uso del recurso de figuras asociadas al período (“desparecidos”, “indultos”, “24 de marzo”) en circunstancias históricas que no tienen parangón con el llamado Proceso de Reorganización Nacional. La omnipresencia de la última dictadura militar funciona así como *“el hito crucial de todo el pasado”* (Acha, 2008: 186) en las narraciones históricas de los divulgadores.

La pregnancia que logran estas narraciones entre el gran público parece estar señalando, dice Acha, *“la emergencia de un nudo temático que se impone como divisoria de una caracterización concentrada de lo nacional: la dictadura militar 1976-1983”*. Si como sostiene este investigador, el nuevo nudo de la historia argentina es éste período²⁹, resulta verosímil plantear que el éxito de los divulgadores bien puede residir en haber reemplazado el ideal del país normal por el de la memoria social. Más verosímil aún si se tiene en cuenta que la revisión de la historia que promueven bajo las imágenes de la última dictadura militar ,encuentra en un mundo signado por el presentismo y por un clima de época marcado por la memoria social que la hace objeto de políticas

²⁹ Que además se constata en la inflación que se observa en las investigaciones surgidas en el ámbito universitario dedicadas al período. Asimismo, creemos que la hipótesis de Acha cobra fuerza si se tiene en cuenta que quienes ocupan el poder de gobernar a escala nacional desde el año 2003 han reinstalado el pasado reciente en la agenda política por medio de medidas como la derogación de las leyes de indulto y de Obediencia Debida y Punto Final, de políticas de la memoria y al apoyo estatal que han brindado a los Organismos de Derechos Humanos, entre otras. Además, hay que consignar que el mérito de este gobierno de la instalación en la esfera pública de la discusión por el pasado reciente no se debe únicamente a actos de gestión política sino también a intervenciones de su parte que involucran dimensiones simbólicas, que tienen que ver fundamentalmente con la retórica setentista que sus representantes enarbolan.

públicas³⁰, un ambiente propicio donde echar sus raíces. El *régimen de historicidad* que adoptan estas narraciones es entonces otro del moderno, aunque es difícil arriesgar por qué tipo de *régimen de historicidad* se rige, si por un *régimen contemporáneo de historicidad*, es decir, uno en el que el orden imperante sea el presente, o uno en el que sea el pasado de donde se extraen las lecciones de la historia, esto es, un *régimen de historicidad antiguo*, que descansa en la creencia de la historia como maestra de la vida (*la historia magistra*)³¹. Lo que sí resulta evidente es que el pasado en tensión con el futuro deja de ser el eje de la narración histórica para concentrar su atención en la tensión que genera el pasado con el presente, esto es, un pasado concreto, que por las heridas abiertas que dejó en la sociedad reverbera en el presente, que como no logra procesarse vuelve como síntoma.

Si nos volcamos por pensar a estas historias regidas por un *régimen contemporáneo de historicidad*, lo que resulta ponderado es el acento que estas narraciones hacen del tiempo presente. Esta lectura llevaría a entender que la historia nacional que los divulgadores transmiten se cuenta pasándola por el tamiz de nuestro pasado dictatorial inmediato, pero a partir de la memoria construida en el presente sobre aquel traumático hecho. Es decir, en una aproximación que sintoniza con el acento presentista que caracteriza a nuestra época y que configura la subjetividad de quienes constituyen el público potencial de las mismas³².

Si por el contrario, arriesgamos que lo que entra en juego en el modo en que los divulgadores ponen en perspectiva nuestra historia es el modelo de la historia como maestra de vida, en lo que se intenta hacer foco es en la falta de novedad en la historia que caracteriza a estos relatos, su prescindencia de la idea de cambio que queda sintetizada en algo que todos los críticos y los investigadores de este fenómeno editorial subrayaron: la idea de que “ayer es igual que hoy”. El modelo de la *historia magistra* se basaba, según recuerda Hartog, “en la idea de que el futuro, si no repetía exactamente el pasado, al menos no lo excedía jamás, puesto que se movía dentro del mismo círculo, con la misma Providencia y con las mismas leyes y, en todos los casos, con hombres dotados de la misma naturaleza humana” (*ídem*: 131). La repetición y el anacronismo constituyen el dinamismo explicativo de este modelo expulsando al tiempo afuera de la

³⁰ Y esta gestión política de la memoria no es un fenómeno exclusivamente nacional sino que se extiende en buena parte de Europa, en su caso fundamentalmente centrado en torno al Holocausto. Para conocer en detalle qué rasgos asumen estas políticas en Francia se recomienda la lectura de Hartog (2010) y del mentado libro de Pierre Nora, *Los lugares de memoria* (2001). En *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, el libro de Andreas Huyssen (2002), se encuentra una aproximación al fenómeno para el caso alemán.

³¹ En la base de este modelo por el cual la historia puede ser una fuente de sabiduría para la vida existe una concepción de la misma desprovista de la idea de tiempo como cambio. La estabilidad y la continuidad sería lo que caracteriza al tiempo para este modelo, que entonces debe apelar a argumentos de tipo providenciales para explicar los cambios en la historia (Palti, 2004: 68-69).

³² No sólo esta aproximación desde el presente sintoniza con nuestra contemporaneidad sino que también es funcional a ella el modo en que construyen el relato sus autores, que como habían señalado sus críticos, se caracteriza por una estructura fragmentaria, dividida en muchos capítulos, que habilita el picoteo y un consumo similar al zapping televisivo, y se apoya en soportes mediáticos y en sistemas de promoción editorial que se ajustan a la lógica de mercado.

historia. Lo que estos relatos históricos parecen estar empeñados en demostrar es “*la falsedad del régimen moderno de historicidad*”, a partir de la acumulación de ejemplos en pos de la idea de que “*el tiempo no ‘marcha’*” (p. 166).

Lo cierto es que la historia de los divulgadores se desplaza, respecto de las que escribían los académicos, de lo prospectivo a lo retrospectivo, y de esa forma sacan el énfasis del futuro y lo ponen en el pasado. Lo que no está claro es si lo hacen en el pasado por sí mismo o si el pasado, que es contemplado con el presente a la vista, es subsumido al presente. Lo que efectivamente realizan los divulgadores es una sustitución deliberada del clásico relato de la Nación, que va de sus orígenes hasta nuestros días a través de un recorrido temático y lógico, por otro que se divorcia de los supuestos en los que aquel se apoyaba. No se trata para ellos de narrar a la Argentina una vez más, sino, más bien, de operar una ruptura con el relato convenido, preguntándose por el país ya no desde el ideal de normalidad sino interrogándolo a partir del presente, para intentar reencontrar en su pasado las respuestas a dichas preguntas. Lejos de ser teleológico, retroactivamente teleológico, su recorrido es regresivo. El presente provee el punto de partida, el punto de vista y el punto de llegada para interrogar lo nacional, pero no es del todo evidente hasta qué punto ese tiempo llega a dominar el carácter de esta interrogación que se lanza al pasado que se acaba de vivir.

Si pensamos en la historia como *artefacto cultural*, el vasto público conquistado por la historia de divulgación y el magro número de lectores que cosecha la historia académica parece estar diciéndonos algo del estado de nuestra cultura. Pensar la historia a la luz de esta noción implica verla como un objeto a la vez material y simbólico que fue investido por la cultura de un valor afectivo y cognitivo, y en el cual sedimentan diferentes usos y significados culturales (Bakhurst, 2002; San Martín, 1999; Cole, 1999)³³. En este sentido podemos preguntarnos ¿por qué guarda tanta fuerza una narrativa que establece una dicotomía sin matices entre buenos y malos tomando como modelo las divisiones más esquemáticas que se extraen de nuestros años de plomo y abrevando en las figuras paradigmáticas que le están asociadas? La respuesta que ofrece Acha a este interrogante es para nosotros interesante porque, quizá sin advertirlo, considera o guarda relación con algunas tendencias que hacen a nuestra época y que fueron señaladas aquí, como el *presentismo* y la *cultura de la memoria*. Su planteo postula que:

“Desde una historia de la cultura, las alusiones a la desaparición son explicables por la repercusión subjetiva (consciente e inconsciente) que las últimas atrocidades castrenses producen hasta el presente en la memoria social. Ese tema en el que fracasan las torsiones ideológicas atenuadas a las minucias cotidianas y las formas de la política, que

³³ Esta es la perspectiva desde la que interroga el fenómeno Semán en su investigación y que formula del siguiente modo: “¿Cuál es el valor político de la aparición y circulación de estos libros?, ¿cuál es la relación del fenómeno con la vida política del país y especialmente con las representaciones de la nación que se dividen y constituyen en la vida política?” (2006: 77). Omar Acha, también adopta este punto de vista y lo plantea en interrogantes del tipo: “¿cómo no preguntar sobre la posibilidad concreta de otras maneras de contar nuestra historia latinoamericana recuperando la capacidad de indignación de que se alimenta el éxito de Pigna?” (2008: 187).

atraviesa las crisis económicas, del que se ha dicho que constituye un “trauma”, es el secreto de la narración de Pigna” (p. 184)

Si la historia vertebrada a partir del ideal de “país normal” supo prestarse a un uso político en el marco recortado por la denominada transición democrática, la configuración cultural (pero también la política y la social) que presenta el nuevo siglo, propicia condiciones de producción y de recepción para una historia que retorna al pasado para saldar las cuentas que la historiografía hegemónica dejó pendientes. Y la peculiaridad que parece distinguir a estas narraciones de alcance masivo es su intención de conciliar historia con memoria, de plantear un pacto entre historia y memoria que está ausente en la historiografía académica³⁴.

A modo de cierre

En este sentido decimos que la última dictadura militar se constituye en un nudo temático. Creemos que el modo contrastante en que plantean cómo debe encararse la relación de la historia con la política las dos tradiciones historiográficas en las que abrevan las posturas desplegadas en la disputa, esto es, la “historia científica” y la “historia militante”, son decisivos para producir modos de abordaje divergentes alrededor de la oscura historia vivida entre 1976 y 1983. Los reparos metodológicos, epistemológicos y narrativos que imponen los criterios científicos bajo el influjo de los cuales trabajan los historiadores académicos, hacen del tratamiento de un tema tan sensible como el de la última dictadura militar, o bien una cuestión prohibida aún (por su cercanía temporal, por la tragedia política y humana que significó y porque en ese pasado están implicados los mismos historiadores que deberían tomarlo por objeto), o bien una cuestión que se aborda con arreglo a la despolitización adoptada por la profesionalización de la disciplina en los años ochenta, despolitización que, como ya señalamos, consistió en rigor en una repolitización, en virtud de la “estrategia democrática” que instruyó a esos trabajos. En manos de la “historia militante”, en cambio, la última dictadura militar es repuesta a la narrativa épica a la que es afecta este modelo, la cual devuelve la interpretación del período a sus cimientos más dramáticos y repone las motivaciones altruistas de aquellos que ofrecieron resistencia a la represión estatal, haciendo del traumático período algo distinto a la mera deformidad que asume la historia cuando se la piensa como obra de los demonios.

³⁴ Cabe precisar que memoria e historia no son términos intercambiables a pesar de que ambas se ocupen del pasado. La historiografía luchó por mantener a la memoria a raya de su quehacer profesional al concebirla como una actividad indisociable de los intereses de quien la impulsa. Así es que hace una discriminación clara entre memoria e historia: *“Mientras que la primera se vincula con lo experimentado personalmente (como acontecimientos vividos o como relatos recibidos), la segunda va mucho más allá del carácter individual o plural del sujeto que recuerda (...) pues tiene entre sus imperativos ser verídica (el apoyarse sobre evidencia empírica del pasado), y buscar activamente los recuerdos olvidados, el dar cuenta de todo lo sucedido, describirlo y explicarlo.”* (Carretero, 2006: 22). En cambio, la memoria colectiva refiere a *“procesos de recuerdo y de olvido producidos en colectividades y sociedades (...) al servicio de las acciones presentes, [pues] se recuerdan para que se pueda sentir, evocar, imaginar, desear o sentirse impelido a hacer algo, aquí y ahora, o en un futuro más o menos próximo. Lo importante es lo que queremos hacer, o que queremos que se haga; y lo menos importante es que el recuerdo sea exacto, que la re-presentación sea lo más parecido posible a lo que sucedió en el pasado”* (op. cit.: 22).

Según vimos, el centro de las disputas por el pasado lo constituye el período que va de 1976 a 1983 correspondiente a la última dictadura militar, puesto que es éste el nudo de nuestra historia que activa evaluaciones históricas divergentes: para unos inspira el ideal del país normal a partir del cual leen toda la historia nacional, mientras que para otros este hecho se constituye en el hecho crucial de todo nuestro pasado nacional y a partir del cual se mide toda nuestra historia. La imaginaria histórica que activan los primeros es la que domina entre los historiadores académicos, que se inscriben en la matriz historiográfica científica y organizan sus relatos sobre el pasado a partir de un *régimen moderno de historicidad*, es decir, con el acento puesto en el futuro, en la sociedad normalizada por venir. La evaluación histórica que promueven los segundos, en cambio, es la que está presente entre los divulgadores de la historia, que abrevan en el modelo militante de la historia y asumen un *régimen de historicidad* distinto del que instruyó la modernidad, puesto que en estas narraciones históricas el orden del tiempo que impera ya no es el futuro, sino que es un vaivén entre el presente y el pasado del que es difícil decidir cuál se sobrepone como faro a partir del cual se realizan las evaluaciones de la historia.

Bibliografía

- ACHA, O.(2008). “Las narrativas contemporáneas de la historia nacional y sus vicisitudes”. En *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires: Herramienta ediciones.
- _____ (2009). *Historia crítica de la historiografía argentina: las izquierdas en el siglo XX*. Buenos Aires: Prometeo.
- CARRETERO, M. y VOSS, J. F. (dirs.) (2004). *Aprender y pensar la historia*, Amorrortu: Buenos Aires.
- CERNADAS, J. y LVOVICH, D. (2010). “Revisitas a la pregunta: historia ¿para qué?”. En CERNADAS, J. y LVOVICH, D. (eds.), *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, Prometeo: Buenos Aires.
- DEVOTO, F. J. y PAGANO, N. C. (2009). *Historia de la historiografía argentina*, Sudamericana: Buenos Aires.
- DEVOTO, F. J., (2010). “Prefacio”. En DEVOTO, F. J. (dir.), *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina, 1990-2010*, Biblos: Buenos Aires.
- DI MEGLIO, G. (2012). “Para una nueva discusión sobre nuestra historiografía académica”, en *La historia en cuestión. Historia y Política en tiempos kirchneristas*, 29 de mayo de 2012. Disponible: <http://historiaencuestion.blogspot.com.ar/2012/05/para-una-nueva-discusion-de-nuestra.html>
- FERNÁNDEZ, C. J. (2012). “Relatar el pasado, relatar el presente”. En *El pingüino de Minerva*, 16 de julio 2012. Disponible en: <http://elpinguinodeminerva.wordpress.com/2012/07/16/relatar-el-pasado-relatar-el-presente/>
- HORA, R. y TRÍMBOLI, J. (1994). *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, El cielo por asalto: Buenos Aires.

- JELIN, E. (2001). "Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra". En *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal* N° 1, Año I, Berlín, pp. 87-98.
- KOHAN, M. (2012). "Ponele la firma". En *Perfil*, 2/11/2012.
- MYERS, J. (2004). "Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955". En NEIBURG, F. y PLOTKIN, M. (comps.) *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Paidós: Buenos Aires.
- PEHESA (1982) "¿Dónde anida la democracia?". En *Punto de Vista*, N° 15, Buenos Aires, agosto –octubre de 1982.
- PITTALUGA, R. (2010). "Notas sobre la historia del pasado reciente" En CERNADAS, J. y LVOVICH, D. (eds.) *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, Prometeo: Buenos Aires.
- SARLO, B. (1985) "Intelectuales: ¿escisión o mimesis?". En *Punto de Vista*, N° 25, año VII, Buenos Aires, 1985.
- _____ (1994) "Entrevista a Beatriz Sarlo". En HORA, R. y TRÍMBOLI, J. "Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política", El cielo por asalto: Buenos Aires.
- SAZBÓN, D. (2012). "Cruces". En *La historia en cuestión. Historia y Política en tiempos kirchneristas*, 30 de mayo de 2012. Disponible en: http://historiaencuestion.blogspot.com.ar/2012_03_01_archive.html
- TORRES, J. C. (2004). "Los intelectuales y la experiencia democrática". En NOVARO, M. y PALERMO, V. *La historia reciente: Argentina en democracia*, Edhasa: Buenos Aires.
- WILLIAMS, R. (1980) *Marxismo y literatura*, Península: Barcelona.